

máhnica y budista le había proporcionado léxico con el que inspirarle apariencia de fe a los crédulos. En ratos de candidez llamaba ella a sus fieles *my flap-doodles*, que es como si dijésemos en romance "mis bobalicones". A quienquiera que engañara, Madame Blavatsky no se engañaba a sí misma, y eso era lo importante. Kut Jumi y Morya sabían proporcionarle cuanto necesitaba. Hasta lápices con marca de fábrica yanqui. Lo difícil era obtener dinero. De los milagros puede reirse quien quiera, pero que los hay, los hay. Sólo que a veces salen mal. Joseph Henry Lewis Charles, Barón de Palm, Comendador Gran Cruz de la Orden Soberana del Santo Sepulcro de Jerusalén, Caballero de San Juan de Malta, Príncipe del Santo Imperio Romano, y antiguo Chambelán de Su Majestad el Rey Luis de Baviera, ingresó a la Sociedad Teosófica y graciosamente murió inmediatamente después dejándole a la noble causa toda su fortuna, reputada nada escasa; ¿Qué dicha! Al gran caballero se le hizo un fastuoso funeral psíquico en el Templo Masónico de Nueva York. Pero cuando se abrieron sus cajas fuertes no se halló más que cuentas sin pagar, deudas sin saldar, cartas de cobro. Ante tan doloroso *contretemps* Madame Blavatsky cambió de residencia. Se estableció de Adyar, en Madrás. Allí, en su santuario, ocurrían cosas; es decir, aparecían y desaparecían. Se quebraba un plato y, presto, volvían a juntarse los pedazos sin dejar huella alguna de rotura. "Con la regularidad del correo aéreo,—dice P. W. Wilson—, le llegaban cartas del plano astral." Y añade: "Claro que esto les interesaba a las gentes. Era como ir a misa, teniendo una bruja por cura. Pero en tal liturgia, ni Madame Blavatsky siquiera podía arreglárselas sin cómplices, y una de éstas, llamada Coulomb, se le rebeló. La Mahatma le escribió varias veces suplicándole silencio. La traidora con nombre de paloma enseñó las cartas".

Desde Madrás, Madame Blavatsky escribió a Europa artículos notables titulados "Desde las cavernas y espesuras del Indostán", publicados primero en *Rusky Vvestnik*. La británica *Society for Psychological Research* (véanse los volúmenes III y IX de sus *proceeding*) se interesó profundamente en los relatos de Madame y envió desde Inglaterra comisionados a estudiar los fenómenos relatados por ella. La investigación resultó en declaración de que se trataba de un fraude más. Madame Blavatsky abandonó su santuario de Madrás. Llena de amargura escribió: *¿Qué les importa a los honorables profesores de la Universidad de Cambridge—sus investigadores— que a una pobre vieja rusa no le quede otro camino que el de morir, mendiga deshonrada, lejos de todo lo que ella ama y quiere en esta vida?*

Se le había descubierto también que había querido entrar en el servicio de Policía Secreta Internacional del Czar, y a la queja que he citado añadía esta otra: *He de ir hasta el final de mis días llevando la triple*

*marca infamante del Fraude, de la Mentira y del Espía, como una Caín hembra.*

Como sus adeptos parecieran abandonarla, les lanzó esta amenaza: *No esconderé nada. Lo he de decir todo. Será una Saturnalia de la depravación moral de la humanidad, esta mi confesión, epílogo digno de mi tempestuosa vida.*

Tuvo amigos, sin embargo, que le dieron abrigo, en Londres, donde murió, de hidropesía, el día del Loto Blanco, en 8 de mayo del 1891. Era, en sus últimos días, una mujer en forma de globo, carona, descolorida, de flojas carnes, con ojos como turquesas desleídas. ¿Pero cuando era joven! Cuando era joven supo luchar contra los

diez sanyojanas que impiden el Camino: contra la falsa ilusión de la personalidad o creencia en una egoentidad incambiable y permanente; contra la duda respecto de la posibilidad humana de resolver los altos misterios de la vida; contra la creencia en que, mediante actos externos—el ritual—se puede obtener la salvación; contra la lujuria; contra la mala voluntad; contra el apego a la vida y a las posesiones materiales; contra el anhelo egoísta de una vida futura; contra el orgullo; contra la creencia en la propia virtud impecable; y contra la nescencia. ¿Qué formidable libro hubiera sido el de las confesiones de esta mujer triunfal! (°)

Persiles

Heredia, junio, 1931.

Vida y teorías

= Envío de la autora =

Un proyecto del Ejecutivo chileno que nos concede derecho de sufragio en cuestiones municipales, ha vuelto a izar en el mástil de la opinión pública el estandarte feminista. Inesperada y casi sorpresivamente, porque las muchachas de hoy ya no se preocupan de feminismo. Para ellas, es algo que no se discute. Viven de acuerdo con esa doctrina que les parece tan firme, tan antigua y tan necesaria como el mundo. En parte, les asiste razón, porque el feminismo, prácticamente, ha triunfado. Cuando Inglaterra confía a Miss Bondfield una cartera ministerial, cuando en Yankilandia son creaturas femeninas las que administran más de un estado, cuando en todas partes las mujeres ejercen profesiones liberales, trabajan y son consideradas capaces de conquistar en virtud de sus propios méritos los puestos de más alta responsabilidad, no hay necesidad de discutir, ni de luchar, ni de convocar huestes. En el hecho, la victoria es definitiva.

Hace años, pregunté a un biólogo eminente y decidido partidario de las teorías evolucionistas, por qué si consideraba al hombre como un animal igual a otro en la escala de los seres vivos, y por qué si creía que sólo la lucha por la existencia determinó el desarrollo de los caracteres de cada especie, por qué ha crecido en nosotros el afán metafísico, afán que en último término sólo nos escancia dolores, ya que generalmente las teorías que inventamos están en flagrante contradicción con otros apetitos de nuestra propia naturaleza. A lo que él respondió: sin la inteligencia el mamífero humano no habría podido sobrevivir.

Después, mis estudios me han llevado en plurales ocasiones por el campo de la filosofía y de nuevo me he vuelto a preguntar: ¿para qué las doctrinas? ¿para qué el desmesurado esfuerzo del pensamiento escrutinador del destino y del más allá? Y la respuesta del biólogo ha vuelto a mi memoria. Precisa que la especie piense para que sobreviva. (Queda en pié, sin embargo,

para la mente agnóstica el interrogante máximo: ¿para qué?, ¿con qué fin necesitamos sobrevivir? ¿Cuál es esa meta a la cual debe arribar el hombre, esa meta a la cual está sacrificando su carne, esa meta para acercarnos a la cual bebió Sócrates la cicuta, y Spinoza ofrendó su vida joven, y Galileo la compañía de sus semejantes? Si no es para realizar una suprema perfección, ¿para qué es? Suprema perfección, ¿juzgada por quién? No, no prosigamos si queremos guardar el hilo de esta meditación).

A poco que se estudie la filosofía, una se convence de que el hombre no ha hecho sino girar alrededor de ciertos problemas. Durante una época, la metafísica predominó; en otras, nos hemos preocupado más de la teoría del conocimiento; siglos ha habido en que la gran cuestión fue la moral. Pero ninguna se abandonó porque se solucionara, sino porque surgió otra más urgente. Surgió y hubo necesidad de darse a ella. Tal ha acontecido con el feminismo, en cuanto teoría. No sabemos hoy de su doctrina esencial más que hace una cincuentena de años. ¿Conviene o no a la humanidad que el centro de los intereses femeninos esté fuera del hogar? ¿Quién sabe! En verdad, lo que el mundo presencia hoy es un ensayo, una experiencia. Pero es un índice muy revelador que ejerza para muchas mujeres una enorme fuerza imperativa, porque de no trabajar, perecerían ellas y, a veces, hasta sus hijos.

Este hecho induce a preguntarnos si el

(°) Además de los libros mencionados en el cuerpo de este artículo, se publicaron, de la pluma de Madame Blavatsky, en 1889, *The Key to Theosophy* (Clave de la teosofía), y, de 1890 a 1892, *The Glossary of Theosophical Terms* (Diccionario de términos teosóficos). Además de los libros de Kuhn y de Roberts citados en el texto, conviene leer, a quien se interese por el estudio de la vida de Madame Blavatsky los siguientes: *Modern Priestess of Isis*, de V. S. Solvyov, traducido al inglés por W. Leaf y publicado en Londres en 1896; los informes de la *Society for Psychological Research* citados; *Madame Blavatsky and Theosophy*, de Arthur Lillie, 1895; Véase también *Lights and Shadows of spiritualism*, del famoso médium Daniel Douglas Home Zew York, 1877.